

El Periódico ilustrado.

QUINGAMP



Año II.—Número 45

DEL 25 DE FEBRERO AL 4 DE MARZO DE 1866.

ADMINISTRACION Y REDACCION. CARRETAS, 8, 2.º



EL PERIÓDICO ILUSTRADO APARECERÁ CADA SEMANA.

Precios de suscripcion.

UN NÚMERO

Madrid . . .	Un año 24 rs.—Seis meses 12 rs.	} 4 cuartos en MADRID.
Provincias . . .	Un año 28 » —Seis meses 14 »	
Ultramar . . .	Un año 30 » —Seis meses 50 »	

5 cuartos en PROVINCIAS.

SUMARIO.—El general Mellinet, por P.—Revista de la semana, por Palacio.—Historia de un mono contada por él mismo, por E. F. Iturralde.—Cantares, por C. C. y Nuñez.—Escenas de la vida militar en Méjico, por Belza.—Guingamp.—Las montañas rusas.—Memorias de una moneda de cinco duros, por P. F. Reymundo.—La oración de los mineros.—El nuevo palacio de la Industria en Amsterdam.

LÁMINAS: Guingamp.—El general Mellinet.—El palacio de la Industria en Amsterdam.—Montañas rusas.—La oración de los mineros.

EL GENERAL FRANCÉS MELLINET,

GRAN MAESTRE DE LOS FRACMASONES.

El general de division Mellinet ha sido escogido por el Gran Oriente como gran maestro de los fracmasones.

La sucesion del mariscal Magnan no podia recaer en manos más dignas, ni en persona más estimada ni más popular.

Ya anteriormente, el héroe de la campaña de Italia habia sido llamado por la confianza del emperador, al puesto de comandante superior de la Guardia Nacional. Enlazado de este modo con el ejército y la poblacion de París, el general Mellinet supo conquistarse muy pronto el afecto de sus falanges ciudadanas, que admiran en él la bondad al mismo tiempo que el valor.

Debemos advertir que el cargo de gran maestro de los fracmasones no tiene hoy la importancia que tenia en lo antiguo, pues ni esta secta, cuya formacion se remonta á la destruccion de los Templarios, existe en la actualidad como asociacion secreta, ni su objeto es, contra lo que muchos suponen, otro que desarrollar el espíritu de fraternidad entre los hombres de todos los paises.

El catálogo de los que han ocupado el puesto de jefes de la fracmasoneria en Francia, está impreso hasta 1776. Segun él, y segun los datos posteriores, resulta que desde principios del siglo pasado hasta la fecha,



EL GENERAL FRANCÉS MELLINET.

han sido grandes maestros de las lógias francesas, los siguientes:

Felipe de Borbon, duque de Orleans, regente del reino, en 1705.

Luis Augusto de Borbon, duque del Maine, en 1724.

Luis Enrique de Borbon, Condé, en 1737.

Luis Francisco de Borbon, Conty, en 1744.

Luis Enrique Timoleon de Cosse Brissac, en 1776.

Bernardo Raymundo Fabre, en 1804.

Y posteriormente el duque de Orleans, Luciano Murat, y el mariscal Magnan, antecesor del general Mellinet.

Conviene hacer constar que á pesar de las grandes persecuciones sufridas en todos tiempos por esta secta, en nuestros dias está admitida en muchos pueblos de los menos civilizados, incluso la China, y en todas las naciones de Europa, exceptuando Polonia, Austria y España.

El número de lógias existentes pasa de seis mil, y á ellas se deben, sobre todo en Alemania, grandes instituciones piadosas, y un número considerable de escuelas públicas, habiendo construido además en muchos puntos templos magníficos para reunirse, como el de Lóndres, fundado en 1755, y que costó ciento cincuenta mil duros, y el de Nueva-York, que se fundó en 1826, y que le escede todavía en grandeza.

P.

REVISTA DE LA SEMANA.

Un autor nuevo se ha presentado en la escena española, y el público y la prensa se han apresurado á saludarle, aplaudiéndole y ensalzando su obra. El autor es un jóven aragonés llamado San Juan, y su Apocalipsis es una comedia estrenada el miércoles en el Circo, á beneficio de Adela Alvarez, y que tiene por título *Dulces cadenas*.

La presentación de un neófito literario en la arena teatral, es, sobre todo para él, un verdadero acontecimiento, pues como dice muy oportunamente un revisero francés, el teatro tiene tres fases distintas, según el punto de vista desde el cual se le considera: desde el asiento del espectador; desde los bastidores, donde penetran los escogidos, y desde la mesa de ensayos, donde el autor lee su obra entre orgulloso y suplicante.

El teatro, visto con los ojos del espectador, es un país encantado, en que todo sonríe, como animado por una primavera eterna. Los ángeles que se presentan en las decoraciones de gloria, parecen verdaderos á través de la distancia, y nadie reconocería en ellos á las modestas bailarinas, que momentos antes disputaban con su director sobre el aumento de un real, en recompensa del riesgo á que las espone la ascension de las nubes.

El espectador recibe un gran desengaño el día en que pone el pié, como simple curioso, bajo las bambalinas.

Los bosques son de lienzo, las nubes de gasa, las manzanas del jardín de las Hespérides, de carton.

Venus tiene calor del hígado, y Adonis está pintado de viruelas. Minerva no dice más que tonterías, y Juno habla de tú al que enciende las luces; el rey juega á la brisca sobre un banco con el verdugo, que no trabaja hasta el acto quinto, y la reina pide prestados cuatro duros al peluquero, que en uso de sus facultades, acaba de ceñir á sus sienes la corona.

Esta ausencia de la óptica teatral tiene, sin embargo, una compensación, cuando despues de haber sido concurrente asiduo á la butaca, y aficionado á andar entre bastidores, el espectador se convierte en autor.

El esqueleto de la escena que nos aterroriza se reanima entonces....

La actriz deja de ser reina, pero se convierte en una mujer casi siempre agradable, y muchas veces inteligente.

El actor no es ya un semidios, pero suele ser un buen hombre como los demás, que se anima al contacto de los grandes pensamientos, y nos presta su alegría filosófica.

El teatro deja de parecernos un templo, pero se encuentra en él un hogar agradable.

¡Bien venido sea á este hogar el autor de *Dulces cadenas*, y no se enfrien en él su inspiración y su entusiasmo, que le reservan sin duda grandes triunfos para el porvenir!

Casi al mismo tiempo que esta obra se han estrenado en Jovellanos dos juguetes: uno de ellos original de Serra, pero que vale mucho ménos que otros del mismo autor, y otro de Moreno Gil hecho con bastante gracia, y que ha obtenido regular éxito, titulado *Mi otro yo ó la prueba tangible*. Parece que la nueva empresa cuenta con un número bastante crecido de producciones, y que se propone estrenar una ó dos por semana. Lo celebramos, del mismo modo que celebraremos le den buen resultado.

Cuando nuestros lectores reciban este número, probablemente se habrá representado ya en el Príncipe *La muerte de César*. Si así fuese, en nuestra próxima revista nos ocuparemos de este acontecimiento, que el público espera con ansia, y la literatura con fruición.

Esto, y el ajuste de Pedro Delgado en Variedades, donde trabajará en unión de la Civili, es todo lo que ocurre en los teatros españoles; en cuanto al de la Opera, esperamos que la llegada de Tamberlik y la Nantier Didiee, que debe ser en breve, le imprimirá un nuevo giro, y calmará los ánimos de cierta parte del público, en la cual la afición á la música está subordinada al impulso de la vanidad.

Dos libros nuevos tenemos á la vista, y los dos merecen nuestros más sinceros elogios. El primero es de Ventura Ruiz Aguilera, y lleva por título *Inspiraciones*: el segundo es del jóven Melchor de Palau, y se titula sencillamente *Cantares*. El nombre del Sr. Aguilera

nos dispensa de hacer el análisis de su libro, que es una preciosa colección de poesías de distintos géneros, en todos los cuales se revela el pensador profundo y el poeta tierno y sentimental.

En cuanto á los *Cantares*, algunos de los cuales han visto la luz anteriormente en EL PERIÓDICO ILUSTRADO; descubren también á un poeta, al que aconsejamos siga por la senda que ha emprendido, seguro de alcanzar en ella muchos laureles.

Muy pronto se pondrán á la venta las obras coleccionadas de Ventura de la Vega, en una edición magníficamente impresa en París por cuenta de su amigo el Sr. Osma, y que éste regala á los hijos de tan eminente escritor. Están contenidas todas en un tomo, que principia por *El hombre de mundo*, y concluye con varias poesías inéditas que conocen contadas personas. Al frente del libro va un primoroso retrato del autor.

M. DEL PALACIO.

HISTORIA DE UN MONO, CONTADA POR ÉL MISMO.

Del libro inédito SUEÑOS Y REALIDADES,

POR E. FERNANDEZ ITURRALDE.

(Conclusion.)

Al mono, por ejemplo para diferenciarle del hombre, se dice que no habla: los *tagalocs* dicen que el mono es un hombre que no habla, por no pagar el tributo; pues bien, así como el magnetismo puede dar á un órgano humano facultades para lo que no fué formado, como á los dedos dotarles de vista, del mismo modo, una vez sentado que el mono tenga ideas, podrá hacer que las exprese por medio de palabras, por más que su garganta y su lengua no hayan sido formadas para emitir sonidos articulados, sino discordantes gritos.

A pesar de lo paradójico del raciocinio, nadie dijo una palabra en contra, sin duda para no echar por tierra con un soplo aquel castillo de naipes, y para dar lugar al príncipe á que pusiese por obra lo que anunciaba.

—Tengamos, pues, por cierto que es tan posible que el magnetismo haga hablar á un mono, como que el magnetizado pueda ver con la espalda ó con una mano. Y una vez probada tal proposición, y entrando en lo posible el experimento, ya no se podrá atacar como una supercheria, ó como un juego de prestidigitación, el hecho cierto y palpable que se presencie.

El príncipe rogó á todos se retirasen del centro de la *caída*, dejando aislado en él al pobre Fido. En seguida fijó su mirada potente y dominadora en el orang-outang, que empezó por bajar los ojos, y acabó por fijarlos y quedar completamente inmóvil.

—Ya está dormido, murmuró Villabianca, y á la verdad sin haber sido preciso gran trabajo. Pero hasta ahora no ha empezado lo verdaderamente difícil, el *tour de force* del experimento. Baronesa, ¿está Vd. perfectamente convencida de que su mono duerme?

—Las apariencias al ménos lo declaran.

—Para tener certeza de ello, puede Vd. acercarse y pincharle con un alfiler.

Madama de Liebefeld hizo lo que el príncipe la decía, sin que Fido hiciese el menor movimiento ni diese señal alguna de haberlo sentido. En seguida le pasaron una luz por delante de los ojos, sin que los cerrase.

—Está dormido, pero con los ojos abiertos.

—Bien. Ahora veamos de vencer la dificultad verdadera.

El príncipe se acercó á Fido; le hizo repetidos pases magnéticos, le tocó en la garganta y los labios, le hizo sacar la lengua, y sacudió gran cantidad de fluido sobre ella. Despues se retiró algo hácia atrás, y extendiendo los brazos hácia Fido y teniendo fija en él su mirada, preguntó:

—¿Puedes hablar?

—Sí, contestó una voz gutural, extraña, nunca oída.

Todos nos miramos asustados, sin atrevernos á dar crédito á nuestros oídos. Pero no cabía duda; los labios de Fido se habían agitado, y habíamos oído un sí. ¡El orang-outang había hablado!

—Ya lo ven Vds., dijo Villabianca dirigiéndose á nosotros. ¿Qué preguntas quieren Vds. que haga? ¿Qué podemos preguntar?

—El alma del mono es embrionaria, es menos perfecta que la del hombre. Así es que ni aun en el sonambulismo magnético puede alcanzar más allá de una esfera limitada. No hay que preguntar, pues, á Fido nada del porvenir, nada tampoco que no vea ó haya visto con sus propios ojos.

—Entonces, dijo la pequeña Ellen, que nos cuente su historia.

—¿Habrà dificultad en eso? preguntó el cónsul.

—Ninguna.

—Pues confieso que tengo curiosidad por saber la historia del pobre Fido.

—¿No quiere nadie hacer antes alguna pregunta?

—La historia, la historia.

El príncipe acumuló mayor cantidad de fluido sobre el orang-outang; el cuerpo de éste temblaba con estremecimientos nerviosos.

—Atencion, dijo Villabianca. Fido tiene la palabra. Y en efecto, el mono empezó á contar lo que sigue:

IV.

—Entre los 125 y 129 grados de longitud, y los 5 y 9 grados de latitud Norte, se encuentra una isla de gran estension, la mayor tal vez de un estenso archipiélago.

—¡Calle! dijo Ellen, Fido sabe más geografía que yo.

—En efecto, parece que en vez de contarnos su historia, va á hacer un curso de geografía.

—Ese archipiélago es en el que nos hallamos, las llamadas islas Filipinas; y esa gran isla es la de Mindanao. En la bahía más espaciosa que esta isla presenta, y que se denomina de Illano, se encuentra una isla llamada con el poco armonioso nombre de *Bunwut*, y que dista poco más de tres leguas de la capital de un poderoso imperio.

—¿Qué imperio será ese, distante tres leguas de la famosa isla de Bunwut? ¿Qué capital será esa?

—Llámase Selangan la capital citada, y es residencia del sultan de Mindanao. Pues bien, continuó diciendo el mono; en esa isla de Bunwut nació el pobre Fido.

—Gracias á Dios que hemos llegado á la historia. Creí que nos íbamos á perder en la isla de Bunwut ó en la populosa Selangan, si no naufragábamos en la bahía de Illano.

—Mis primeros años se deslizaron rápidos y felices en los frondosos bosques de Bunwut, á la orilla del mar, ó en las cavernas naturales de la isla, cuyas paredes y techumbre los forman preciosas estalactitas. Bien pronto aprendí á trepar á los árboles más elevados, á saltar de rama en rama, á ejecutar los ejercicios gimnásticos más difíciles, con una agilidad y una fuerza extraordinarias.

»La isla de Bunwut se halla inhabitada. Mi familia era su única habitadora durante mis primeros años. Ultimo resto de una tribu cuadrumana, numerosa y potente, hubo de emigrar de Mindanao, por causas que nunca he sabido, y buscó en Bunwut un refugio en que guarecerse. Pero la enfermedad del país, que se apodera del desterrado, y amarga sus horas y le conduce al fin al sepulcro, fué poco á poco diezmando mi numerosa familia, hasta que quedamos solos mi padre y yo: él con su naturaleza destruida por el oculto mal, yo fuerte y despreocupado, aún con la irreflexión propia de mi corta edad.

»Entonces mi padre, viendo que se acercaba su fin, apoyándose en un fuerte baston, pues apenas podía andar, me llevó hasta una de las cavernas de que he hablado, apartó, ayudado por mí, una gruesa columna estalactítica, y quedó al descubierto una abertura, por la que podía entrar un mono de mi estatura.

—»Sígueme, me dijo mi padre en nuestro idioma.

»Y seguí sus huellas.

»Caminamos durante algunos momentos por una estrecha y húmeda galería natural, envueltos en la más profunda oscuridad. Al fin percibimos luz ante nosotros. Seguimos nuestra marcha, y por último, penetramos en una inmensa gruta que yo no conocía. Formaban el techo y las paredes las estalactitas más caprichosas y extrañas, mientras en vez de pavimento estaba el mar con sus azuladas ondas. La caverna iba estrechándose hasta terminar en una abertura de corta estension, por la que penetraban á un tiempo la luz y el mar.

—»Esta es mi herencia, dijo mi padre mostrándome una pequeña embarcación, con sus remos correspondientes, y en la que se veía gran número de cocos y plátanos, á guisa de provisiones.

—«Había jurado no pisar más la tierra de Mindanao, continuó diciendo mi padre, y bien sabes que los monos, para que no se nos confunda con los hombres, guardamos con esmero la fé jurada. Pero me quedan pocos instantes de vida, llega ya la muerte, y cuando venga, deja esta tierra inhospitalaria y mortífera; embárcate en esta piragua y marcha á Mindanao. No quiero que contigo se estinga en este destierro mi ilustre raza.

»Mi padre no mentía: al cabo de una hora había dejado de existir.

»Después de llorar sobre su frío cadáver y de darle piadosa sepultura, me metí en la embarcación, cogí los remos, y saliendo de la gruta hice rumbo hácia Selangan.

Al llegar aquí, Fido se detuvo.

—¿Por qué no sigue su historia? preguntó Ellen.

—El pobre Fido, conmovido por los penosos recuerdos que ha evocado, está procurando serenarse para pasar adelante en su narración.

—«En dos horas, continuó al fin el mono, hice las dos leguas de distancia, y atracando, no sin trabajo, logré saltar á tierra.

»No había andado cien pasos por aquel país, que me era completamente desconocido, cuando una tropa de moros apareció de improviso, y me rodeó antes de que me pusiera en salvo. Traté de defenderme, arrojándoles varias piedras, que descalabraron á algunos de ellos, y haciendo con mi bastón un atrevido molinete, pero el valor tuvo que ceder al número, y sucumbí á la ley del más fuerte.

»Me llevaron ante un personaje, tan feo y tan súcio como los demás, pero que por el respeto que le demostraban, comprendí era el sultán. Por los cuentos con que mi madre me hacía dormir, me había yo figurado que todo sultán tenía la obligación de tener una barba de media vara y una cara feroz. Así es que mi asombro no fué pequeño al ver que mi sultán, aunque excesivamente feo, tenía una fisonomía jovial, que predisponía en su favor. Sin embargo, para no dejarme engañar por las apariencias, me mantuve serio y grave.

»Después de considerarme algunos instantes, el sultán pronunció algunas palabras, sin duda una orden que me concernía, pues mis conductores me empujaron, y salí con toda la dignidad que me fué posible.

»Me llevaron á un edificio mayor que los demás, y cuidadosamente custodiado por una numerosa guardia de moros. Entramos, y mi vista quedó deslumbrada con el espectáculo que se le ofreció.

»Era una espaciosa estancia, cubierto el piso de un finísimo petate de Manila, adornadas las blancas paredes con guirnalda de olorosas flores. Y sobre el petate, en cien posturas á cual más lánguidas y voluptuosas, medio desnudas con sus trajes de trasparente piña, se veían mujeres hermosísimas de todas las razas del mundo: allí la hija de Europa, blanca como el mármol, y con la rubia cabellera destrenzada, y los ojos azulados entreabiertos; allí la etiope, que semeja una hermosa estatua de ébano; allí la americana aceitunada, la china de ojos torcidos, pero llenos de voluptuosidad, la gala indolente y perezosa; todas maravillosamente bellas.

»Mi entrada produjo un efecto indescriptible. Todas, como movidas por un resorte, se levantaron, llegaron á mí, dieron vueltas á mi alrededor, me miraron por los cuatro costados, y me tocaron para cerciorarse de que era una realidad tangible. Y yo las dejaba hacer sin incomodarme ni protestar.

»Sobre todo había una mestiza de sangre china y europea, ligeramente morena, con unos incomparables y espresivos ojos aterciopelados, hermosísima y vivaracha, que no se cansaba de mirarme ni de dar vueltas á mi alrededor.

»Por ella me digné hacer lo que no había hecho por el mismo sultán, y perdiendo mi gravedad, me puse á dar por la habitación esos brincos imposibles y esas inverosímiles cabriolas de que solo los monos somos capaces.

»La alegría y el buen humor, que mi presencia solo había causado, redoblaron con aquellas pruebas de mi agilidad, y fué tal la gritería que se armó y tan grandes y estrepitosas las carcajadas, que el sultán, al frente de su guardia, acudió á poner orden. Al ver de lo que se trataba, empezó á dar palos á derecha é izquierda, mientras la guardia, impasible, contemplaba aquel desahogo de su augusto soberano.

»Cuando terminó el movimiento de expansión del sultán, dió la orden de que me llevarán á comer. Con-

dujéronme, en efecto, á otra habitación, y allí me dieron no sé qué repugnantes guisotes, de que ni siquiera quise probar, pero en cambio me desquité con una colección de mangas y cocos que me presentaron.

»Era ya de noche y fingí quedarme dormido para que me dejaran solo. Lo hicieron así, y yo entonces me puse á meditar en mi situación.

»Parecía que el sultán me había tomado cariño, y sus mujeres me demostraban cierto interés; me hallaba cuidado y mimado por todos; pero ¿duraría aquello siempre? ¿No era más bien de presumir que, una vez cansados de mí, escaseasen las provisiones y en cambio lloviesen sobre mí los palos? De todas maneras me indignaba el ser prisionero y esclavo, yo que siempre había vivido independiente y libre.

»Este razonamiento me hizo formar la resolución de tomar en cuanto pudiese las de Villadiego.

»Ya he dicho que era de noche: esperé á que todo quedase en silencio, y pensando que todos dormían tracé mi plan de evasión. El cuarto en que me hallaba tenía una estrecha ventana con una fuerte reja y la puerta. Traté en vano de arrancar algún hierro de la reja, y convencido de la inutilidad de mis esfuerzos, decidí recurrir á la puerta. Después de mil trabajos, conseguí abrirla sin hacer ruido, y penetré á tientas en otra habitación.

»A los pocos pasos que di en la oscuridad tropecé con un bulto que había en el suelo, y estuve á punto de caer. Cuál no sería mi susto al oír la voz del sultán, que sin duda era el bulto con que había tropezado. La voz de la mestiza le contestó, pero el sultán parecía tener empeño en saber quién le había dado tan fuerte empujón, pues comenzó á dar voces.

»Entonces pude contemplar el espectáculo más grotesco que se puede imaginar. A los gritos del sultán acudieron con luces sus mujeres y los guardias moros, y era de ver sobre todo á estos, feos y ridículos de por sí, lo raros y extravagantes que estaban á medio vestir y con el susto.

»En medio de aquella confusión pude escurrirme y salir de la casa. En seguida me dirigí hácia la playa, vi una lancha y me oculté bajo unas velas viejas. Una vez escondido me eché á dormir á pierna suelta.

»Cuando desperté estaba la embarcación en alta mar. Comprendí sin dificultad que lo que había tomado por lancha, era uno de esos pequeños buques piratas de los moros.

—«Entre buena gente me he metido, pensé.

»Y tuve buen cuidado de no salir de mi escondrijo.

»No habían pasado muchas horas, cuando un fuerte estruendo me hizo temblar de miedo. Era un cañonazo. Un cañonero español nos daba caza. Pronto consiguió hacernos algunas averías, y en seguida dos lanchas se acercaron y nos abordaron. Los piratas fueron pasados á cuchillo y la embarcación echada á pique. Yo me había puesto en salvo á tiempo, guareciéndome en una de las lanchas.

»El jefe de la expedición era un joven y valiente marino; me tomó bajo su protección, y me condujo al cañonero que mandaba.

»Con él viví algún tiempo, ya navegando, ya en tierra, acostumbándome poco á poco á los hábitos de la vida humana.

»Un día que iba por Manila con mi amo, miss Ellen, que pasaba en su carruaje, me vió y se encaprichó por mí. Su padre, el señor barón de Liebenfeld, ofreció á mi amo una fuerte cantidad si quería venderme, y al fin consiguió que pasase á su poder.

»Hé aquí cómo el pobre Fido se encuentra en esta casa, donde vive tranquilo, feliz y contento.»

Así terminó la relación del mono. Cuando acabó de hablar permaneció aún algunos momentos inmóvil en medio de la caída: después, tambaleándose como si estuviese borracho, echó á andar y salió de la habitación.

La conversación continuó aun durante un rato, pero no tardaron en dar las doce, y la reunión se disolvió, dando el príncipe la señal de marcha y despidiéndose de todos con mil ofrecimientos, pues al día siguiente se marchaba de Manila.

—¿Qué piensas del príncipe Villabianca, pregunté á Manuel cuando estuvimos solos en su carretela.

—Que es un charlatan sumamente hábil.

—Y ¿cómo te explicas el que un mono nos haya contado su historia?

—Creyendo que Villabianca hizo dormir á Fido por el magnetismo, y que es un excelente ventríloco.

E. FERNANDEZ ITURRALDE.

Te he visto, y no he sabido más que mirarte con afán; sin verte conocerte pretendo

cuando apenas me atrevo á conocerte.

Te encontré por azar en mi camino como encuentra la flor el pasajero; de mis pasiones en el mar profundo al contemplarte, infiero

que encierra tu mirada todo un mundo.

Pareces un misterio y no lo eres: ¿serás tal vez un insondable abismo? eres una mujer y da lo mismo.

Mujer, abismo, flor, yo no te entiendo.

Un corazón me queda; ¡te lo vendo!

EUSEBIO BLASCO.

ESCENAS DE LA VIDA MILITAR EN MÉJICO.

EL SOLDADO CUREÑO.

El camino de Guadalajara á Tepic atraviesa la Sierra Madre. En toda aquella cadena de áridas montañas, que elevan sus agudos picos sobre profundos desfiladeros, se conservan aún recuerdos indelebles de la guerra de la Independencia; sangrientas huellas que el tiempo no ha podido borrar.

A un amigo nuestro, que ha vivido algún tiempo en aquel país, le hemos oído referir varias anécdotas, llenas todas ellas de un interés vivísimo, y entre las cuales nos decidimos á publicar la siguiente:

«Me hallaba impaciente, decía nuestro amigo, por visitar aquella curiosísima parte de Méjico, y por su parte el capitán Ruperto, que me acompañaba, deseaba hallarse lo más pronto posible sobre la cima de aquellas montañas, que le recordaban tantas aventuras, tantas noches de insomnio, de peligros y de privaciones, tantas acciones de guerra en que había derramado su sangre y demostrado su valor, y más que su valor, su amor á la patria. Sin embargo, únicamente al desembarcar en la llanura de Santa Isabel, dos días después de haber abandonado la villa de Ahacallan, pudimos ver en el horizonte las cenicientas cimas de la cordillera. Desde este momento avivamos el paso de nuestras cabalgaduras, y algunas horas después nos hallamos á la puerta de una cabaña de bambú, situada á la falda de la montaña, donde, según me había anunciado con anticipación el capitán, debíamos hacer alto y descansar un rato.

—¡Hola, Cureño! gritó mi compañero, sin descender del caballo. ¿Estás muerto ó vivo?

—¿Quién me llama? respondió una voz cascada desde el interior de la cabaña.

—¡Soy yo, el capitán Castaños, el que puso fuego al cañón, para el que servisteis de cureña! ¡Abrid, pues, con mil diablos!

Una extraña figura vino arrastrándose hasta el umbral de la puerta; era un viejo, horriblemente contrahecho, y cuya espina dorsal parecía dislocada y torcida. El desdichado no andaba sino que se arrastraba. Aunque desfigurado por los años y los sufrimientos, sus facciones conservaban, sin embargo, una expresión de nobleza y de altivez que no dejó de impresionarme. Sobre su frente, surcada de profundas arrugas, caían en desorden algunos mechones de cabellos blancos. Alrededor de sus brazos, completamente desnudos, se enroscaban multitud de venas y músculos, tan gruesos como los tallos de la hiedra ó las enredaderas.

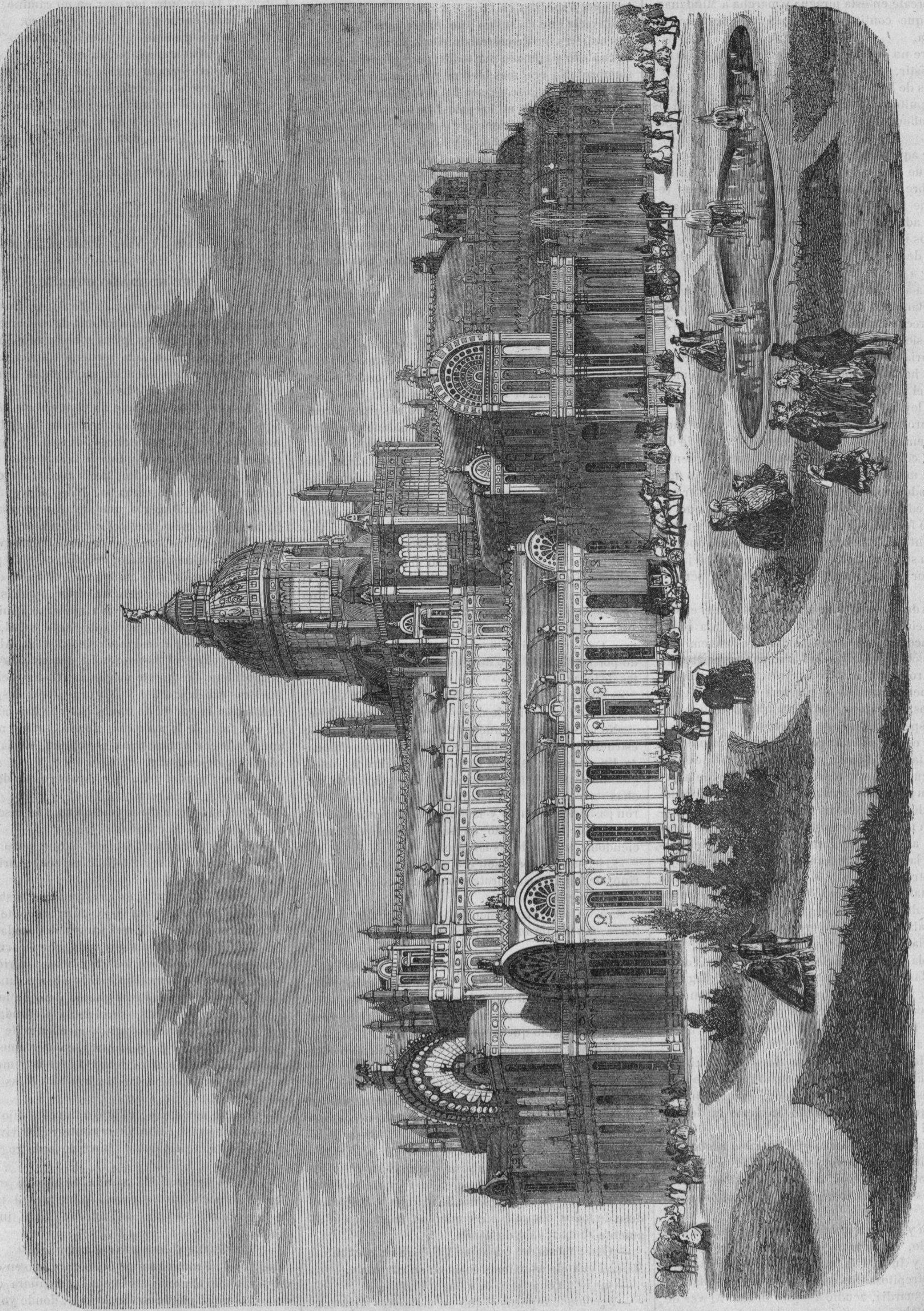
—¿Cuánto me alegro, mi bravo Cureño, dijo el capitán lleno de satisfacción, de encontrar aún vivo á mi fiel amigo, á la más noble ruina de nuestro antiguo tiempo!

—Milagro es, sin duda alguna, respondió el viejo. Dentro de pocos años, en vano se buscará á ninguno de los pobres soldados de nuestra santa independencia.

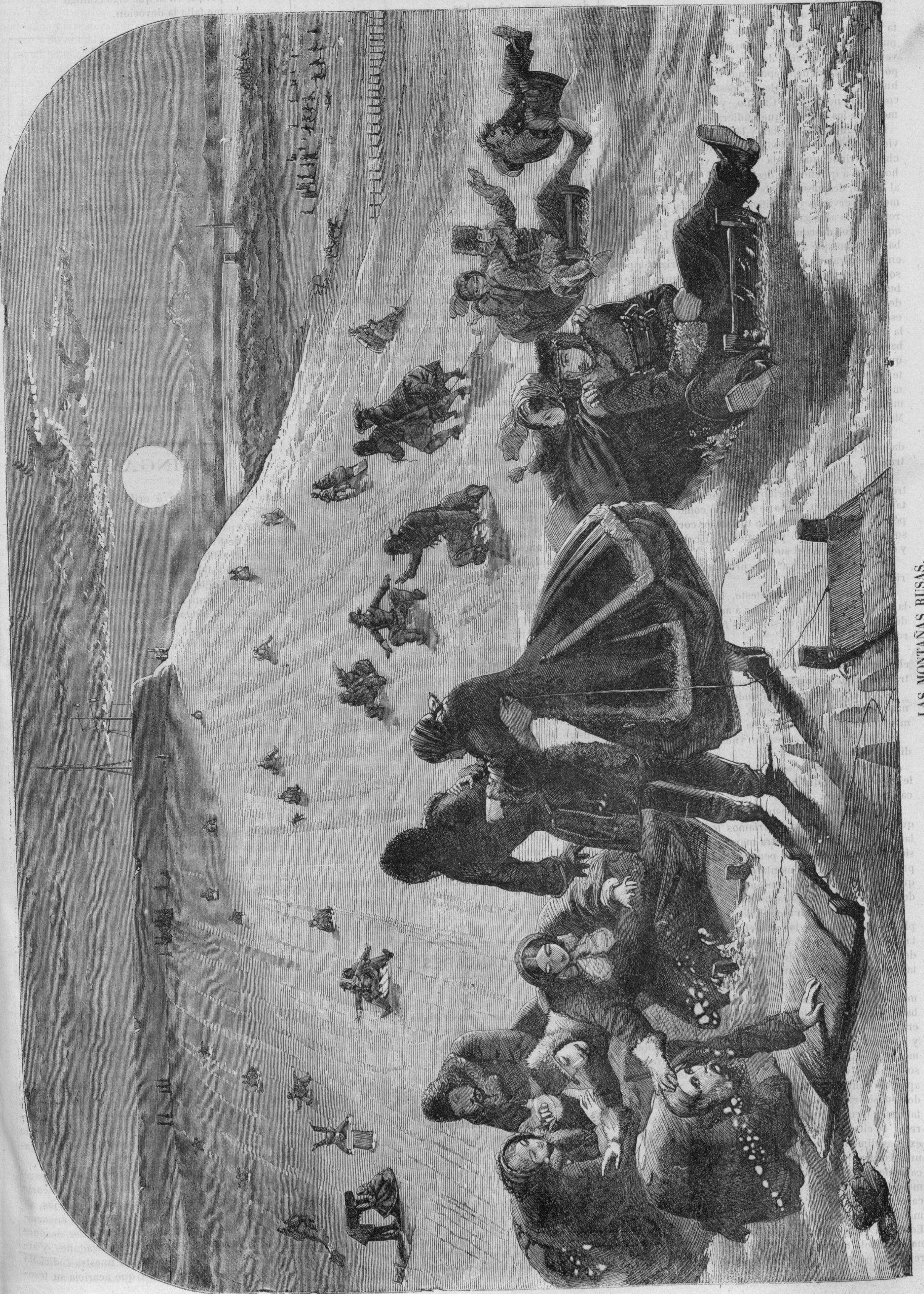
—¿Y la Guanajuatena, no anda por aquí?

—Hace ya tiempo que me encuentro solo en el mundo, respondió Cureño; mi buena compañera duerme hace un año al pie de ese tamarindo, donde yo mismo la di modesta sepultura; y al decir esto, señalaba un hermoso árbol, que elevaba sus frondosas ramas á diez pasos de la cabaña.

—Dios habrá recibido su alma, porque indudablemente lo merecía; pero confesad, mi querido amigo,



NUEVO PALACIO DE LA INDUSTRIA, EN AMSTERDAM.



LAS MONTAÑAS RUSAS.

que vuestros brillantes servicios han sido muy mal recompensados.

—¿Y qué le hemos de hacer? Además, á mí me basta un pedazo de tierra donde poder vivir y donde pueda ser enterrado cuando cierre el ojo. ¿Era por ventura por ambicion de una mezquina recompensa, por lo que en aquella época nos hacíamos romper los huesos? No, vive el cielo. La posteridad, tal vez, recordará el nombre de Cureño, y esto para mí es el mejor de los premios que pudieran ofrecerme.

La pregunta del capitán y la noble contestación del viejo soldado me hicieron comprender, ó mejor dicho, adivinar, que tenía ante mi vista uno de esos hombres á quienes un destino fatal parece condenar al olvido, despues de haber prestado á su patria inmensos servicios y sacrificándose por ella con el heroísmo y la abnegación más sublime. Pero ¿quién era aquel héroe desconocido y casi olvidado? Lo ignoraba. Echamos pié á tierra á la puerta de la cabaña y en ella entramos precedidos de nuestro original personaje. Sentados en unos taburetes de junco, que el buen viejo nos presentó, escuché, casi sin comprender una palabra, una animada conversación basada exclusivamente sobre los incidentes de la guerra de la independencia. Desgraciadamente yo no me hallaba muy al corriente sobre los hechos y los incidentes que mis dos interlocutores se recordaban mutuamente, y en esta escena me tocó representar el papel de mudo espectador. Al cabo de una hora, y como la caminata que aún nos restaba que hacer hasta la Sierra Madre era bastante larga, nos dispusimos á partir.

—Magnífico caballo montais, me dijo el viejo soldado en el momento que yo ponía el pié en el estribo.

A la vista de aquel cuerpo informe, el animal se estremeció y quiso encabritarse, pero en el mismo instante el brazo de Cureño se extendió como impulsado por un resorte, y abarcando uno de los corbejones con su callosa mano, hizo permanecer al caballo inmóvil y como clavado en el suelo.

—¿Puedo soltarle ya? me preguntó el atleta sonriendo.

—Cuando gustéis, le contesté, inclinándome sobre la silla para contemplar mejor á aquel segundo Milon de Crotona. Ya veo que sois más fuerte que mi poderoso alazan.

Libre apenas del círculo de hierro que lo retenía, el animal dió un salto de costado, y me costó no poco trabajo calmar su agitación y sobresalto.

—¡Ay! dijo el viejo suspirando; desde cierto cañonazo, al cual nuestro amigo D. Ruperto no es extraño, mis fuerzas se debilitan de día en día.

—¿Qué erais en la época de vuestra juventud? añadió yo.

—El capitán Castaños os lo dirá mas tarde, si bien le parece. En el día no soy más que un pobre viejo, casi un mendigo.

Despedímonos de nuestro huésped, prometiéndole que á nuestro regreso pasaríamos todo un día á su lado, y continuamos nuestra marcha en dirección á la sierra. No tardamos en penetrar en la sombra que proyectaban aquellas montañas gigantescas, en tanto que á lo lejos y detrás de nosotros, doraban las cimas de Tequila los últimos rayos de un sol de escarlata.

Entonces el capitán me señaló con el dedo sobre la plataforma de uno de los más elevados picos una casita cuadrada, que parecía más bien un aereolito caído del cielo. Esta especie de fortaleza aislada, era la venta donde debíamos cenar y dormir aquella noche.

Hicimos alto al pié de aquella inmensa cadena de montañas, con objeto de dar un respiro á nuestros caballos, y al cabo de algun tiempo y á la luz incierta del crepúsculo, empezamos á subir la cuesta pié á tierra, y llevando del diestro nuestras cabalgaduras. Habíamos contado con la luna para que guiara nuestros pasos, y efectivamente, al cabo de un cuarto de hora apareció radiante sobre nuestras cabezas. Dos horas de penosos esfuerzos necesitamos para llegar á la plataforma, término de nuestra jornada; desde lejos parecía la citada plataforma un recinto estrecho y de exiguas dimensiones, pero contemplada de cerca, era una llanura inmensa, dominada por un círculo de rocas y de colinas. En cuanto á la venta, era ni más ni menos lo que todas las ventas de Méjico: una casa blanca con media docena de columnas en su fachada formando peristilo y con sus techos de tejas coloradas. Edificada en el borde mismo de la plataforma, dominaba, no solo todo el camino que acabábamos de recorrer, sino un inmenso paisaje como el que debe abra-

zar con su privilegiada vista la reina de las aves cuando se cierne en las nubes.

Algunos arrieros nos habian precedido y se calentaban alrededor de inmensas hogueras, en tanto que pastaban por los alrededores sus poderosas mulas, sin mas sujeción que la traba de cañamo que se emplea en el campo para estos casos.

Bajo el pórtico de la venta dormían sobre el suelo hasta una docena de indios, al lado de un carruaje cuya caja se hallaba separada del resto del armazon; únicamente así y conducido en hombros puede un carruaje atravesar la sierra. Este vehículo y estos indios anunciaban la presencia en aquel sitio de algunos viajeros de importancia; y así era en efecto, pues inmediatamente supimos que se hallaba alojado en la venta, con su familia, uno de los diputados de Sinaloa, que procedente de Tepic, se dirigía á tomar asiento en el Congreso mejicano.

En tanto que Ruperto, que se habia encargado de mandar disponer la cena, desempeñaba su comisión, yo me habia sentado bajo el peristilo, y con mi penetrante mirada podia disfrutar del magnífico panorama que se desplegaba á mi alrededor.

La luna iluminaba con su argentada luz aquellas profundidades salvajes, del fondo de las cuales subían embalsamados los vapores de la noche. Por todas partes no se descubrían más que colinas, rocas partidas, al parecer por efecto de los volcanes, y algunas llanuras, al través de las cuales se distinguían las infinitas ramificaciones de las sierras inferiores. La llegada del capitán, que venía á anunciarme que la cena estaba servida, pudo únicamente arrancarme á la deliciosa contemplación de aquellas magníficas perspectivas. Ruperto me propuso, despues de haber cenado, el ir á respirar el aire fuera de la venta, y yo acepté con gran placer su proposición. Apenas habíamos andado algunos pasos el capitán se detuvo bruscamente y me señaló la tierra con el dedo. Fijé mi atención en el sitio indicado, y ví á nuestros piés, medio enterrado en la arena por efecto de su propio peso, uno de esos cañones que los insurgentes habian arrastrado desde las orillas del Pacífico hasta los últimos límites del estado de Jalisco. El guerrillero se sentó sobre el cañon y me indicó que hiciese lo mismo, ocupando un sitio á su lado.

El cielo, de un azul oscuro, se hallaba salpicado de millares de estrellas; el ambiente que se respiraba en aquel momento alrededor de nosotros, era dulce y agradable; los arrieros cantaban sus aires nacionales al son de las guitarras; los perros, en fin, fieles guardianes de la venta, contestaban con sus plañideros ladridos á los ruidos vagos y lejanos que traen siempre consigo las brisas de la noche.

Al conducirme á este retirado sitio el capitán habia juzgado, segun me dijo, que era la hora más á propósito para contarme la mayor parte de sus aventuras militares, segun me lo tenia ofrecido. Me apresuré á significarle mi agradecimiento y el placer que me causaba su determinación, y Ruperto empezó una larga relación que yo escuché sin interrumpirle, sentado sobre aquel cañon, al rededor del cual se entrelazaban las vigorosas ramas del absinthio salvaje, esparciendo á nuestro alrededor su penetrante perfume.

(Se continuará.)

J. BELZA.

CANTARES.

I.

Niña que al nacer el día
por agua á la fuente vas,
no vayas nunca solita,
que te puedes resbalar.

II.

Dicen que el amor no mata
mas no lo creas, mi dueño,
que nada me mata á mí
sino el amor que te tengo.

III.

Cuando aparece la luna
y la negra noche avanza,
es cuando dan más suspiros
las almas enamoradas.

IV.

Todos los días de fiesta
á oír dos misas voy yo;

porque en la que oigo contigo
me falta la devoción.

V.

Tengo celos de la brisa
que acaricia tus cabellos,
de la flor que te engalana,
de.... todo; ¡tanto te quiero!

VI.

Loco me llaman algunos,
porque digo que te adoro,
mas ¿quién que tu rostro mira
no queda de amores loco?

VII.

Cuando se encuentran ausentes
dos seres que se idolatran,
sus nombres y sus suspiros
se confunden con las auras.

VIII.

Dicen que no nos amamos
al ver nuestra indiferencia;
si mirasen nuestras almas,
mundos de amor descubrirían.

IX.

Tu imágen veo en la fuente.
en las flores, en el cielo;
y es que tu imágen querida
la llevo dentro del pecho.

C. CANO Y NUÑEZ.

GUINGAMP.

Esta villa, edificada á orillas del Trieux, cuenta 7,350 habitantes, y forma una de las principales cabezas de partido de los departamentos de las costas del Norte de Francia. En otro tiempo era una de las más considerables del Condado de Penthièvre.

A principios del siglo XI el Condado de Penthièvre pertenecía á Eudes, hijo de Geoffroi, duque de Bretaña. Más tarde Juan III lo cedió á su hermano Guy. En 1565 fué erigido en ducado y perteneció á Sebastian de Luxembourg, vizconde de Martigues. En el siglo siguiente fué cedido á César de Vendôme, y más tarde á los príncipes de Conti, que lo vendieron á su vez al conde de Tolosa. La posesión de este ducado continuó en esta familia hasta la primera revolución. Guingamp conserva aún vestigios de sus antiguas fortificaciones, pero lo que en este pueblo es más digno de admirar es la iglesia de Nuestra Señora del Buen Socorro, monumento de los siglos XIII, XIV y XV, con su flecha octógona de sesenta metros, y en cuyo átrio principal se halla colocada la imágen venerada en todo el país, bajo el nombre de Nuestra Señora del Halgoet. Todos los años, en la noche del primer sábado del mes de julio, los fieles se dirigen procesionalmente á la citada capilla, con antorchas encendidas y en piadosa peregrinación. La fuente de la *Pompa* merece igualmente, aunque en menor escala, fijar la atención del viajero, así como la iglesia de Santa Cruz, la capilla de San Leonardo, el hospital, etc., etc.

Guingamp posee muchos establecimientos importantes, tales como una magnífica biblioteca, un museo, dos círculos literarios, una sociedad de agricultura, un depósito de remonta, un hipódromo, una fábrica de hilados y gran número de comercios de telas.

MEMORIAS DE UNA MONEDA DE CINCO DUROS

ESCRITAS POR ELLA MISMA.

I.

Nací en las entrañas de la tierra, y vi la luz del sol un mártir, bien aciago á fé mia, por cuanto desde entonces me sacaron del plácido é ignorado retiro, vulgo criadero, para rodar por esos mundos de Dios, causando no pocos placeres y sinsabores, como ya tendré ocasión de referir.

Los mineros, y permítaseme esta digresión, se parecen á los hurones, animales prohibidos; y así como estos son los enemigos mortales de los conejos, así ellos también, los mineros, nos buscan con encarnizado ahinco, se introducen en nuestros *asilos*, despues de haber introducido las palas y los azadones, y arriban con el último fragmento de nuestra codiciada materia, con la avidez del avaro que acaricia su tesoro.

ro. Allí es de verlos, en las minas, con los ojos encandilados y la respiración entrecortada, estremecerse de gozo y de entusiasmo al divisar el brillo que nuestro metal irradia. Allí es de verlos preparar sus hornos, sus lavaderos y todos los demás receptáculos y adminículos, en los cuales y con los cuales nos triturarán, nos pulverizan, nos ahogan, nos requeman y hacen otras mil heregias, todo en busca del oro, todo con el afán de prepararnos lo mejor posible, para ser conducidos al mercado y hacerse los pobrecitos ricos como Cresos.

Pero vengamos á mi historia y quédense los mineros engolfados en la impropia tarea de buscar el filon.

Como dije anteriormente, y despues de prepararme de modo que mi valor intrínseco costaba un ojo de la cara, fui conducido entre otra gran porción de mineral á la Casa de la Moneda, donde en un santiamen me vi convertido en reluciente pieza, con el busto real en el anverso y las armas nacionales en el reverso, todo ello orlado con estas palabras: *Isabel II por la gracia de Dios y la Const. Reina de las Españas.*—1861.—*Doblon de 100 Rs.*

Sedújome la forma de mi tamaño y enorgullecióme ostentar frases tan augustas y efigie tan soberana. Luego aquello de cien reales empezó á ponerme algo vanidosa, concluyendo por darme más importancia que un portugués rico.

De la Casa de la Moneda fui trasladada al ministerio de Hacienda, y á una caja que llaman el Tesoro público. Allí me confundieron con otras compañeras de idéntica categoría, aunque de diferente edad. En esta prisión de hierro, cerrada herméticamente con fuertes barrotes y multitud de cerraduras, es inútil decir que no se paraba un momento. Todos los días veía aparecer sobre nuestras cabezas varios dedos que pertenecían á no sé cuantas manos, adheridas á otros tantos brazos. Brazos que se metían hasta el codo por entre nosotras y nos sacaban á la superficie, depositándonos luego sobre largas mesas. Y una vez en ellas, vuelta al manoseo y torna al sobo, hasta convertirnos en cartuchos de distintas longitudes.

En uno de estos fui incluida, pasando un 29 de enero á manos de cierto Director general, en concepto de fruto de sus asiduos trabajos durante el mes que iba á finir. Metida en su *secrétaire* pasé breves días, yendo á ingresar en el porta-monedas de la Directora, que no tardó en exhibirme sobre el mostrador de la tienda de Montalban, como pago de unas varas de *gró de Paris*. El cajon donde fui metida se hallaba ocupado regularmente. Algunos duros, varias pesetas y otras diferentes monedas formaban mi compañía. Hacia un rincón divisé ciertos papeles mugrientos llenos de cifras y de números. No podía explicarme lo que aquellas *alehuyas* significaban, cuando un napoleon, con esa galantería tan proverbial en los de allende los Pirineos, vino en mi ayuda de este modo:

—Compañera y señora mía: esos *sutiles* amigos son billetes de Banco, ó *Papettars garantis*, como los llaman los ladrones de mi tierra; *equivale* cualquiera de ellos á dinero, y si desea Vd. conocer su origen, le diré que se remonta al año de 1717, en cuya época fueron inventados por el escocés Law.

Todo esto me lo dijo el napoleon en regular castellano, por lo que supuse una larga permanencia en España. Despues he sabido que dicha permanencia pica ya en historia.

Montalvan acertó mi cautiverio entregándome á guisa de salario á uno de sus dependientes. Jóven éste de chispa y muy aficionado á Capellanes, exactamente lo mismo que todos los del grémio horteril, no me tuvo mucho en su bolsillo, y á ello concurrió el Carnaval que por entonces ya había asomado las narices, con lo cual, dicho se está que no le faltó ocasión para despacharme *incontinenti*.

Mi dueño Calisto, era, como ya he dicho, aficionado á Terpsicore, y una noche, calzados los guantes, rizado el pelo y atestado el caletre de ilusiones, penetró en el *clásico* y renombrado Salon de la calle de Capellanes, paraíso perdido donde se encuentran muchas Evas de aguja y de estropajo, mordiendo, á falta de manzana, sendas tostadas de manteca, é infinitos *Adanes* probando del fruto prohibido con harto detrimento de la salud y del bolsillo.

Calisto no tardó en encontrar pareja. Bailó como un descosido, y lo que es más grave, enamoróse como un bruto. El *can-can* de Capellanes produce tales milagros. Consecuencia de todo esto: una cena en el ambigü, devorada por la niña y su previsora mamá y

pagada por el Amadis horteril con mi *monebilidad*, *ainda mais*, ocho reales encima. Juro que la dichosa colación no valía tres pesetas, pero acordándome de que los ambigüs son el *fac-simil* de Sierra-Morena, me dejé entregar por mi amo, sin exhalar una queja. Calisto quedóse como el Gallo de Moron, sin dinero y cacareando frases amorosas que la *ahita* Dulcinea oía como quien oye llover. Poco más ó ménos le sucede á esa interminable caterva de *primos* que todos los días vemos por el mundo.

Del camarero del ambigü, y sin saber cómo, encontréme alojada en el bolsillo de todo un calavera, aficionado al tapete verde; en una palabra, dí con un jugador que á todas horas acostumbraba á tirar de la oreja á Jorge. En el templo del vicio, donde se rinde culto á la diosa Fortuna, tuve ocasión de hacer un curioso estudio filosófico-moral, que no propino á Vds. por temor de ser importuna. Mi vicioso amo me perdió y recuperó varias veces, apretóme más de una con crispados dedos, más de dos con suave cariño, y por último, una *sota de oros* fué el golpe que le dejó *in albis*, viéndome con rabia pasar á manos del banquero, que gracias á un *pego* ingenioso, dejó á muchos puntos sin un real.

Debí luego pertenecer á un forastero ó negociante, á juzgar por los viajes que hice, hasta que al cabo presumí residir en Andalucía. Los muchos *jaleos* que presencié y el *tufillo á gazpacho* que siempre percibía convirtieron mi presuncion en realidad. Unos tratos de aceite en los que yo medié, fueron la causa de encontrar nuevo señor en un rico cosechero, que afanoso por guardar oro, dió conmigo en una olla de barro, soterrada á poco tiempo al pié de la chimenea. Aquí, pues, conseguí descansar de mis correrías, felicitándome *in pectore* de una clausura que me venía de perilla para escribir esta primera parte de mi historia. No dudo que el interregno sea corto, pues la mano del hombre, ansiosa por buscar el vil metal, pronto se apoderará de mí para satisfacer sus necesidades... ó sus vicios. Hasta tanto..... meditemos.

(Se concluirá.)

PEDRO FRANCISCO REYMUNDO.

LAS MONTAÑAS RUSAS.

El invierno se prolonga mucho en Rusia y con él la diversion predilecta en aquel país, que consiste en dejarse deslizar sobre la nieve endurecida, de alto á bajo de un plano inclinado. La rapidez desenfrenada de esta carrera calienta los miembros entumecidos, activa la circulación de la sangre, y proporciona, aunque momentáneamente, á los habitantes del Norte, una temperatura agradable.

Si el país es llano, una montaña artificial está bien pronto fabricada. El plano inclinado se forma de tablas de pino, dándole toda la extension que se quiera y asegurado en el interior con piés derechos, bien de hierro ó de madera. En la parte superior del plano se construye igualmente una plataforma á la que se sube por una escalera, colocada en el lado opuesto, y desde esta plataforma es desde donde los aficionados á esta clase de diversiones se lanzan sobre una capa de hielo.

Las montañas rusas importadas á Paris en 1815 consiguieron estar en boga por espacio de muchos años, pero pasó la moda y la importación moscovita cayó en desuso, así que, en el día, el que por casualidad quisiera disfrutar de esta diversion, se vería obligado á ir en busca de las montañas rusas nada menos que á San Petersburgo.

LA ORACION DE LOS MINEROS,

EN ALEMANIA,

ANTES DE EMPEZAR EL TRABAJO DEL DIA.

Es llegada la hora del trabajo... Pero ántes de descender á las entrañas de la tierra, todos los mineros dirigen á Dios la oración de la mañana. Hombres, mujeres y niños permanecen graves, silenciosos y en un profundo recogimiento; todos escuchan con fervorosa atención las palabras del que lee las oraciones. Encima de sus cabezas tres lámparas despiden su débil claridad, iluminando tan bellissimo cuadro. Todas aquellas almas se elevan al cielo, todos imploran á Dios pidiéndole su protección en medio del constante peligro que les amenaza en tan rudos trabajos, y terminada la oración descienden lentamente á las minas para arrancar á las entrañas de la tierra sus riquezas subterráneas y sus escondidos tesoros. ¡Dios proteja al minero, Dios le salve!

EL NUEVO PALACIO DE LA INDUSTRIA

EN AMSTERDAM.

Elelegante palacio destinado á encerrar los productos de la industria, las artes y la agricultura, que acaba

de construirse en Amsterdam, hace gran honor á su arquitecto Mr. E. Outshoorn. La naturaleza fangosa del terreno en Holanda, presentaba grandes obstáculos á la edificación de un monumento de esta importancia. Felizmente todos ellos han sido vencidos y el edificio merece grandes elogios, bajo el punto de vista artístico.

En la página cuarta de nuestro semanario ofrecemos el grabado que representa su principal fachada.

Olvidábase decir que á la feliz iniciativa y cooperación del doctor Sorphati, israelita tan rico como distinguido, debe Holanda, indudablemente, la construcción de tan magnífico palacio.

CHARADA.

Estando en mi segunda con primera pensando en el afán de las mujeres por lucir, en plural, tertia y segunda, sentí un rumor, que si al principio ténue, de tal modo creció, que ya pensaba de segunda con tertia ser juguete.

Cerré los ojos con terror, oyendo las ligeras pisadas del aleve que á mí se acerca y mis mejillas toca, y el bigote, atrevido, me retuerce.

Alzo los ojos con recelo, y miro haciéndome caricias, insolente, á mi todo ¡oh vergüenza! Que ninguno de mi miedo ridículo se entere.

(La solución en el número próximo.)

Correspondencia de EL PERIODICO ILUSTRADO.

D. M. M. de Palma; no podemos complacer á Vd., no hemos publicado ningún número en el mes de enero.—D. J. B., de idem; queda renovada su suscripción; remita Vd. su importe en sellos ó libranzas.—A varios suscritores de Pola de Lena: Las suscripciones son por años ó semestres; en el número de hoy la *Advertencia* contesta á Vds.—Don F. R., de Barcelona; recibida la libranza, renovada la suscripción de usted termina en 15 de marzo.—D. B. de D., de Zaragoza; concluye la suscripción en 1.º de marzo; puede Vd. renovarla mandando sellos ó libranzas.—D. F. de V., de Ciudad-Real; su pedido fué servido el 10; reclame Vd. al correo y avise el resultado.—D. S. M., del Viso del Marqués; tenemos números sueltos y colecciones completas del año 65; conforme con su carta de Vd.—D. A. B., de Sevilla; muchas gracias á usted por su felicitación; haremos lo posible por complacer á nuestros abonados.—D. E. L., de Santander; id. id.—D. B. de G., de Pamplona, id. id.—A varios suscritores de Bilbao, Valencia, Reus, Málaga y etc., etc., id. id.—D. J. P., de Granada; publicaremos en lo sucesivo charadas y geroglíficos; recibiremos con gusto las que Vd. mande para su publicación.—D. M. D., de Valladolid; puede Vd. asegurar á los suscritores que en lo sucesivo saldrá el periódico con toda regularidad.—D. M. N., de Santander; mande Vd. el importe en libranzas, pues el giro no es muy difícil.—D. P., de Cáceres; recibidas las libranzas y quedamos conformes con su carta de Vd.

ADVERTENCIA.

Recibimos varias cartas de suscritores y corresponsales de provincias, pidiéndonos esplicaciones ó aconsejándonos mejoras relativas á nuestra publicación.

Contestaremos de una vez á todos ellos diciéndoles, que respecto al término de sus abonos nada influye en él que EL PERIÓDICO ILUSTRADO esté en el segundo año de publicación, pues claro está que habiendo empezado á ver la luz en Marzo, en Marzo termina la suscripción de los que se abonaron por año; en cuanto á mejoras, aceptamos gustosos todas las indicaciones que se nos hacen, y poco á poco irá el público viendo como las practicamos. Entre ellas figuran la de un índice general de materias que repartiremos á su tiempo, y la inserción de charadas y geroglíficos que principiamos desde hoy.

Se nos pregunta también si no podríamos dar encuadernadas las colecciones de 1865. No tenemos reparo en ello, y tanto para los antiguos como para los nuevos suscritores, las daremos á 18 rs. en elegante encuadernación, 2 rs. más que cuestan sin encuadernar. En cuanto á los que no estén suscritos, pueden adquirirlas por 20 y 22 rs. respectivamente.

No olvidamos las deudas que tenemos contraídas con nuestros favorecedores; grabadas están en nuestro corazón, y á ellas corresponderemos con usura, así que nuestro periódico entre en las condiciones normales de su vida.

Editor responsable, P. A. LAMARTINIERE.

MADRID: 1866.—Imprenta de R. LABAJOS, Cabeza, 12, principal.



LA ORACION DE LOS MINEROS, EN ALEMANIA.